

887

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Luis A. Podestá Costa

Por la Facultad

Emilio Bernat

Por el Centro de Estudiantes

José S. Mari

Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Silvio Pascale

Ovidio V. Schiopetto

Por la Facultad

Angel Boigen

Por el Centro de Estudiantes

Armando Massacane

Por el Centro de Estudiantes

Año XIX

Diciembre, 1931

Serie II, N° 125

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de F. W. TAUSSIG

Riqueza y trabajo ⁽¹⁾

CAPÍTULO I

La materia objeto de la ciencia económica

Sección 1. De lo que trata la economía política. — Sec. 2. Riquezas; bienes libres; bienes económicos. Riqueza y bienestar. — Sec. 3. Los bienes pueden hacerse económicos mediante la escasez; pero comunmente sucede así a causa del esfuerzo. — Sec. 4. La actividad puede ser fastidiosa o placentera. Usualmente el trabajo es continuo, monótono, y cansador. — Sec. 5 Algunas clases de trabajos siempre placenteros. — Sec. 6. El cansancio de la mayoría de los trabajos puede disminuirse mejorando la opinión general y aumentando el descanso mediante el acortamiento de las horas de labor.

1. Definir con justeza la extensión y el contenido de la economía política no es de importancia en los primeros pasos de su estudio. La demarcación precisa de lo que trata y su relación a otras ramas del conocimiento, pueden ser comprendidas unicamente cuando se conoce algo de sus principales conclusiones. Es suficiente al principio indicar por medio de un ejemplo cual es la naturaleza de los problemas que estudia. Se encuentra uno útil en la situación económica de uno de los artículos de uso más familiar: el agua.

(1) Traducido de *Principles of Economics*, 1928, por L. Pedro Alvarez Garmendia y Juan José Guaresti (h.).

En un pequeño pueblo, donde las fuentes y corriente de agua son abundantes, ésta es completamente libre. Ninguna cuestión puede presentarse con respecto a su propiedad o a la forma en que la usará la comunidad. Cada individuo tiene la suerte de poseer un suministro ilimitado. Nadie obtendrá ventaja posesionándose de una parte de ella o trabajando empeñosamente para procurársela.

Se dice que el agua bajo tales condiciones es un bien "libre", no un bien "económico". No es un bien económico porque no se presenta ningún problema económico relacionado con ella. Cada individuo tiene toda la que desea, y por eso está conforme; ¿qué más puede decirse?

Se presentará una primera dificultad cuando sea necesario algún trabajo para hacerla convenientemente utilizable y entonces, ya no será más un bien libre; sin embargo, no se presenta todavía, ninguna compleja cuestión económica. El individuo puede cavar un pozo o traer a su casa el agua de una fuente o de un río. Entonces emerge el primer problema económico, que puede ser considerado el fundamental: ¿cuánto trabajo se necesita para obtener la cantidad deseada? Pero el problema sigue siendo simple mientras el individuo solamente se esfuerce para satisfacer sus propias necesidades. No hay trato con otros, no hay ventas, no hay cuestiones de precio. Aún no se hubieran presentado las difíciles cuestiones económicas si el hombre tuviera que trabajar únicamente para la satisfacción de sus propias necesidades.

Se alcanza un plano más complejo cuando el agua es traída por varios individuos y vendida a otros. En las ciudades orientales es aún una figura popular el aguatero con su barrilito o su pellejo. Algunas veces hay individuos que venden damajuanas de agua de manantial o de agua destilada en nuestras propias ciudades. Aquí aparecen los cuestiones de venta y de precio. ¿Qué fija las condiciones bajo las cuales se vende el agua? ¿Qué determina las ganancias de los que la suministran? ¿Están estos en una posición ventajosa o no? Estos son asuntos menos simples.

Todavía se alcanza otro plano (no necesariamente mucho más remoto) cuando para proveer el agua se ejercita la acción común. Aquí el problema puede aparecer relativamente simple o puede presentarse como uno de los más penosos de las comunidades modernas. En Italia el viajero ve

las fuentes de las villas surtidas por sus acueductos; aún en ciudades más grandes de algunas partes de Europa, las fuentes públicas han sido hasta muy recientemente, la base principal del abastecimiento. El agua no es estrictamente un bien "libre" desde que para traerla a donde es necesaria se requieren esfuerzos y gastos. Pero el esfuerzo fué hecho tiempo ha, no necesita ser renovado (no hay gastos de conservación) y hay tanta agua que puede ser usada sin restricciones ni reglamentos. Sin embargo, en las ciudades modernas el caso ha llegado a ser diferente. Hay grandes depósitos, esmeradas estaciones de bombeo, acueductos y cañerías. A cada casa se le suministra el agua abundante y convenientemente. No hay solamente un vasto costo inicial de instalación, sino también un continuo gasto de conservación. Las dudas aparecen. ¿Quién hará los gastos y efectuará la provisión? ¿Será propiedad pública o privada? Y, ya sea bajo el dominio público o privado, ¿cuáles serán las condiciones de venta? Se concibe que el agua bajo la administración pública, pueda ser suministrada gratuitamente a todos, como si fuera la fuente de la villa; o que su pago pueda ser requerido de sus consumidores. Aparecen las cuestiones del beneficio; de una justa administración pública; de las utilidades de un posible monopolio; de los conflictos entre las consideraciones financieras y las consideraciones higiénicas. Aparecen en toda su extensión los problemas realmente complejos de la ciencia económica.

2. Para designar éstas diferentes clases de condiciones, se usan generalmente, algunos términos casi técnicos: "Bienes libres", "bienes económicos", "bienes públicos", "riqueza".

Acaba de explicarse qué son bienes libres y bienes económicos. El aire fresco, el clima, la luz del sol, son los casos obvios de bienes libres; así es el agua bajo las condiciones más simples, o los *árboles en un país bien provisto de ellos*.

La característica de un bien económico es la escasez, con relación a la demanda. El agua se convierte en bien económico cuando es necesario un esfuerzo para obtenerla en la cantidad deseada, en el lugar de consumo. Se concibe que en el futuro, el aire fresco se convierta en bien económico para considerable número de individuos. Ya sucede

esto, cuando muchas personas están reunidas en un gran salón o hall. Se instalan ventiladores, cañerías, máquinas; se hace dificultoso saber como serán mejor dirigidos los esfuerzos necesarios y quien cargará con los gastos. Con la concentración de gente en las grandes ciudades y con la multiplicación de obras que vician el aire en ellas, es posible que se acuda a los recursos arriba dichos para mantenerlo saludable. Entonces se les presentarán los mismos problemas que en el caso del agua; todo reside en la relativa escasez de la cosa en cuestión.

Bienes públicos son bienes económicos, suministrados gratuitamente a los individuos; con todo involucran esfuerzos y gastos para alguno. Bien que gratuitos, para los que los usan, no son bienes libres. Así es el agua en las fuentes públicas, así son la educación pública, parques, museos, conciertos gratuitos, puentes y caminos. Que bienes serán públicos y por quien serán pagados los gastos de provisión — sea que se exija tributo a todas las personas o solamente a algunas — son problemas que, como las funciones públicas y como la tasación del costo de sus gastos, figuran entre los más difíciles que los economistas deben tratar.

Era común en los viejos libros de nuestra materia, definir la economía política [designación, ésta, reemplazada en nuestros tiempos por la más simple de “economics” (1)] como la *ciencia de la riqueza*. Para esta definición el término riqueza comprende todos los bienes económicos, incluso los bienes públicos. Cualquiera de los términos — riqueza o bienes económicos — sirve para designar o representar la materia que la “ciencia económica” ha de tratar: las cosas que los hombres necesitan, que no son libres y las cuales presentan los problemas del trabajo, de la satisfacción mediante el esfuerzo, de la organización industrial.

Evidentemente una comunidad es superior cuanto más bienes libres tiene y cuanto menor sea la lista de cosas que caen dentro de la categoría de “riquezas”. En donde se encuentran ilimitadamente, a la disposición de cada uno, el agua pura y el aire bueno, son más fáciles para la mayoría, las condiciones de vida. Un clima suave y estable alivia a las

(1) Traduciremos “economics” por “ciencia económica”, de acuerdo con las explicaciones vertidas en clase por el Prof. Prebisch. N. del T.

poblaciones de tales sitios favorecidos, de muchos trabajos que deberían realizar para protegerse del calor y del frío. Se puede decir, con una aparente paradoja, que cuanto más cosas de la categoría de riquezas tiene una nación, tanto menos dichosa es. La paradoja se soluciona fácilmente. La riqueza de una comunidad no es la suma total de cosas de las cuales depende su felicidad. Esta incluye los bienes libres tan bien como los bienes económicos. Cuanto más cosas sean libres, tanto más fáciles serán las condiciones de vida. Cuanto más cosas sean económicas, tanto más grande es la lista de los productos tocante a los cuales aparecen los problemas económicos y tanto más amplio es el objeto de la ciencia de la "riqueza".

La abundancia de bienes libres, a pesar de ser ventajosa para la comunidad, no siempre coexiste con el más alto grado de prosperidad. En los países tropicales y semitropicales las condiciones de vida del conjunto son más fáciles que en los países templados. Algunas clases de alimentos son libres o casi libres y no se necesita protección contra los fríos del invierno. Pero el clima mina las energías y reprime el desenvolvimiento del vigor físico y de la capacidad intelectual. Por eso los pueblos de las regiones templadas, adquieren, por los muchos obstáculos que deben vencer, recursos que los llevan a una mayor prosperidad. Lo mismo pasa con los individuos. Aquel que siempre ha tenido bajo su poder medios abundantes, a menudo carece de paciencia y de espíritu y al final es sobrepasado, tanto en felicidad como en riqueza, por aquel que en sus principios ha debido afrontar condiciones más duras.

3. En el párrafo precedente se ha dicho que la riqueza es el resultado de un esfuerzo. Pero hay casos en que una cosa es una riqueza — es un bien económico — aún siendo obtenido sin esfuerzo. Una dádiva libre de la naturaleza puede ser una riqueza, si es limitada en cantidad.

Los aerolitos, generalmente desintegrados por el calor antes de tocar la superficie de la tierra, llegan en algunos casos al suelo. Siendo escasos y en nuestros días estimados por el investigador científico o aún para la satisfacción de la mera curiosidad, demandan un precio, y así la libre dádiva de la naturaleza, no es un bien libre en el sentido económico. En algunos lugares de la costa las olas depositan en las pro-

ximidades de las rocas cantidades de algas, que son útiles como fertilizantes. Como muchos otros artículos, su utilidad es mediata; no satisfacen directamente los deseos, pero son una ayuda para la satisfacción de ellos. Es obvio que a pesar de todo pueden ser riqueza. Si las algas hubiesen nacido fijas a la costa en tales cantidades que cada uno tomara todo lo que deseara, serían un bien libre en el sentido estrictamente económico. Pero si son depositadas en pequeñas cantidades en sitios favorecidos y si muchos chacareros desean hacer uso de ellas, éstas demandarán un precio tal cual están en la playa, antes de que la mano del hombre las toque. Y la misma cantidad que en un tiempo fué tan abundante como para no demandar precio, puede pasar, por el crecimiento de la población, al círculo de los artículos que se compran y se venden, y así convertirse en uno de los bienes con los cuales trata la ciencia económica.

Aparece el mismo estrechamiento del círculo de los bienes libres y el mismo ensanchamiento del de bienes económicos o riqueza, si hay, no una natural, sino una escasez artificial de bienes. Un suministro de agua o madera, ilimitada en cantidad para las necesidades de un pueblo dado, puede caer, por la fuerza o por la ley natural, bajo el control de alguno o algunos individuos. Limitando la cantidad que otros podrían tener, los propietarios pueden hacer de tales cosas un fuente de recursos para ellos y causar la entrada de ellos a la lista de bienes económicos. El monopolio por si solo motiva alguna de las cuestiones que la ciencia económica tiene que tratar.

La más simple clase de rareza puede parecer excepcional y así es para las cosas que usualmente creemos bienes o mercaderías. Los ejemplos aducidos son excepcionales. En la gran mayoría de los casos los bienes llegan a ser económicos después de haberles sido aplicado algún trabajo para adaptarlos. Así la escasez (esta es escasez relativa) no obstante determinar la noción de riqueza o de bien económico, es escasez en el sentido de que los materiales suministrados por la naturaleza necesitan ser adaptados a los usos del hombre por su trabajo. Usualmente el trabajo o esfuerzo de alguna clase es la causa o condición que determine el fenómeno económico.

Sin embargo hay una gran cantidad de cosas que este

planteo no abarca: los agentes naturales limitados de los cuales la tierra es el más conspicuo. Comunmente éstos agentes no son llamados bienes o mercaderías pero son bienes económicos en el sentido estricto, siendo limitados en su cantidad y de alta utilidad en la satisfacción de las necesidades. Las tierras de agricultura, los lugares con fuerza hidráulica y con agua profunda, los bosques, los campos de minerales, a menudo son bienes económicos por virtud de la simple limitación natural de su cantidad. Presentan, como se verá a su debido tiempo algunos de los problemas económicos y sociales más intrincados.

4. Qué es el trabajo puede parecer un asunto simple. La mayoría de las personas dirán que están lo suficientemente familiarizadas con él. Sin embargo se ofrecen muchas cuestiones que le conciernen, que llegan al corazón de la ciencia económica y sobre las cuales no puede decirse la última palabra hasta que esté muy adelantada la exposición de la materia.

Algunas actividades son agradables, otras son fastidiosas. Algunas son asumidas por el placer de ejecutarlas, otras por una recompensa. A menudo la misma actividad proporciona ambas satisfacciones; se encuentra un placer en ella y trae una recompensa.

No puede hacerse ninguna distinción entre las actividades agradables o fastidiosas o entre las que se emprenden por placer o por pago. En todo lo que concierne a la naturaleza del esfuerzo nervioso o muscular. Esfuerzos físicos tan severos, duros y expuestos como subir montañas, son hechos por placer por los turistas y por pago por los guías. Hacer "sports" atléticos es la más familiar de las diversiones y también una profesión común. Una multitud de ocupaciones ordinariamente ejercidas para ganarse la vida, tales como las obras de carpintería, la jardinería, la pintura y la representación teatral, muchas personas las ejercen, también por la satisfacción que les reporta el hacerlo.

Sin embargo es verdad que la mayor parte de las actividades que el hombre ejerce para ganarse la vida no le traen placer. La principal razón parece ser, la de que la actividad ejercida para ganarse la vida, debe ser uniforme, invariable y largamente continuada y — en un sentido importante — puede no ser libre. La característica de muchas

actividades que son fuentes de placeres es el elemento de frescura o novedad y la ausencia de toda clase de apremio. El guía que escala montañas año tras año y conoce los senderos de memoria, pronto encuentra pesado su trabajo; y esto porque para ganarse la vida debe seguir su senda con regularidad sin preocuparse momentáneamente de su estado de salud o de espíritu. Es la delicia de la novedad y el sentido de la libertad de opción, lo que causa placer en la activa vacación de verano. La inactividad y la enfermedad pronto se hacen cansadoras; con pocas excepciones, también la aplicación fija a la misma tarea se hace fastidiosa.

En las comunidades de salvajes y bárbaros los hombres generalmente se dedican a la caza y a la guerra. La monótona tarea de trabajar las tierras y preparar las comidas es dejada a las mujeres. Aunque a menudo la caza y la pesca ocasionan las más severas crudezas, generalmente estas no duran mucho, y son casi seguramente variados por cambios y treguas. La variedad y los cambios rápidos dan rienda suelta a la emulación y también a la satisfacción del deseo de sobresalir — por la caza — instintos que tienen un poderoso efecto en muchos campos de la actividad económica. Una sucesión alternada de períodos de completa ociosidad y de actividad febril es característica de aquellos primeros tiempos de la sociedad en los cuales los hombres se entregaban a la desenfrenada satisfacción de sus tendencias instintivas.

La clase de trabajo que ocupa las masas humanas en las sociedades civilizadas y que trae la mayor producción es, principalmente, de un carácter continuo, monótono y fastidioso. El caso se presenta más especialmente cuando la división del trabajo, es muy esmerada. La gran extensión de la división del trabajo, como la vemos al presente, ha sido la causa principal de la gran abundancia de bienes y del gran avance de la prosperidad material. Pero probablemente ha sido, también, la causa de la fatiga y de la falta de atractivo de muchos trabajos. Aún en las más simples y viejas formas de la división del trabajo cuando un hombre era carpintero, otro forjador y otro zapatero, había necesidad de una continua repetición de operaciones y de no pequeña monotonía en la tarea. Pero con la notable división de operaciones que ha resultado de la fabricación de maquinarias, en los tiempos modernos es raro que un hombre haga todo el

trabajo de un oficio o aún, que sepa como hacerlo. Ya no se encuentra un zapatero que haga el zapato entero, sino un operario que atiende hora tras hora y semana tras semana la misma minúscula parte del trabajo mecánico. Además en una población densa y con un sentido estricto de la propiedad y de la tierra él está compelido a hacer continuamente este trabajo para mantener unidas el alma y el cuerpo. El carece de variedad y de libertad. Puede encontrar placer ejercitándose vigorosamente en los deportes, pues la tarea de ganarse la vida concede en sí misma poca satisfacción.

5. Algunas clases de trabajo, aún seguidas sistemática y continuamente parece que nunca llegaran a ser fastidiosas. Es el caso de muchas labores intelectuales, especialmente de las de personas empeñadas en la investigación científica y en la satisfacción de la insaciable curiosidad del hombre acerca de las cosas que lo rodean. Las personas de temperamento artístico — músicos, pintores, poetas — tienen a menudo, una tendencia instintiva tan fuerte hacia una clase de actividad que nada puede contenerles y nada puede desvanecer el placer de su ejecución. También tienen incesante encanto algunas ocupaciones que satisfacen el instinto de emulación. Quien obtiene cosas que pocos pueden conseguir y que muchos desearían obtenerlas, raramente se fatiga de su trabajo. El actor, aún cuando su ocupación envuelve la repetición monótona y largamente continuada de los más insignificantes detalles, nunca deja de penetrarse de placer ante el silencio anheloso o el vibrante aplauso de su auditorio. Cuan triste y desanimada sería si fuera compelido a recitar su parte tan a menudo como rigurosamente, bajo la fría supervisión de un censor indiferente, y solamente bajo ella. Por una razón similar casi siempre es agradable el trabajo de dirección y de mando. Satisface el amor a las distinciones y el deseo de dominación y tiene un aspecto real o aparente de libertad. De aquí que la labor del empleador produce generalmente más satisfacción que la del empleado y a menudo es realizada tanto por el mero amor de lo hecho como por hábito, hasta mucho después de haber cesado de ser estimada la recompensa o el beneficio de su esfuerzo.

Estas excepciones no nos impedirán reconocer que la mayor parte de los trabajos no se ejercitan con placer.

Algunos reformadores tienen esperanzas de alcanzar un sistema social bajo el cual todo trabajo sería en si mismo una fuente de satisfacción. Es probable que tales personas sean optimistas por la naturaleza de sus propios hechos. Son escritores, idealistas, reformadores; generalmente de un carácter fuertemente altruista, y el cumplimiento de cualquier obra o tarea les trae la aprobación de una conciencia escrupulosa y creen que toda la humanidad puede tomar el trabajo con su mismo espíritu. El mundo sería un lugar mucho más feliz si su estado de ánimo pudiese ser universal. Pero la gran masa de los hombres son mediocres, no nacen con una marcada capacidad o un carácter elevado. Además muchos de los trabajos para la satisfacción de nuestras primeras necesidades son monótonos y a menudo toscos y groseros. Así se debe estar haciendo zanjas y cavando, sembrando y cosechando, martillando y serruchando y demás sufridos esfuerzos físicos, que, a pesar de ser aliviados por herramientas y máquinas, no pueden ser otra cosa que trabajo en el sentido ordinario del término.

Se acaba de hacer referencia a una mayor monotonía del trabajo en los tiempos modernos, bajo la influencia del mayor uso de la maquinaria y la creciente especialización del trabajo. Pero la magnitud del cambio a este respecto puede ser fácilmente exagerada. Ruskin se ha extendido sobre el encanto del trabajo del artesano de la edad media, quien sentía alegría por su labor que tenía belleza y carácter. Si bien probablemente ésta alegría fué compartida por pocos en los tiempos medioevales o en cualesquiera otros. Entonces, como ahora, muchos envolvían la repetición de las mismas operaciones y eran cansadores y exigentes. No es fácil para nosotros describir las condiciones de vida de las primitivas sociedades, organizadas en una forma muy diferente de la nuestra; pero es más que posible que la masa de la humanidad no encontró sus trabajos, en conjunto, más agradables o livianos que ahora.

6. Debemos esperar que cuando las condiciones materiales de la humanidad mejoren, especialmente en las naciones de civilización más avanzada, obtendrán mejoras en lo tocante al cansancio del trabajo ordinario. Se conseguirá algún alivio con el mero cambio de la opinión común. El sentido de distinción afecta la satisfacción de esfuerzos. Un tra-

bajo admirado es un trabajo atractivo; uno despreciado, no lo tiene. La actitud común de las clases más favorecidas ha sido siempre despreciar el trabajo manual y a aquellos que los realizan. Tal fué el gesto natural de las comunidades basadas en la esclavitud, del feudalismo, que las sucedió, y tal es todavía, a menudo, la actitud de esa clase ociosa que en los tiempos modernos imita muchos de los rasgos del feudalismo. Con la creciente democratización de la sociedad puede esperarse que cambie ésto y que se levante la dignidad y el respeto propio del trabajo de todas clases, ya sea manual o mental. Una mayor facilidad de cambio entre las diferentes clases y una mayor igualdad de sus condiciones contribuirán a aumentar la estimación en que todas las clases de trabajo manual son tenidas y podrá remover, al menos, algunas de las causas que ahora contribuyen a que sean mal vistos.

La mejor forma, sin embargo, para hacer — posiblemente — menos fastidioso el trabajo, no reside tanto en su caracter o su atractivo intrínseco, sino por la disminución de su severidad. Probablemente sean aliviados por el perfeccionamiento de las herramientas y el uso creciente de las máquinas; aunque por otro lado, puede ser que por esta causa su monotonía aumente en vez de disminuir. Más importante es la probabilidad de que las horas de trabajo sean reducidas y las de recreo y diversión aumentadas correspondientemente. La fatiga del trabajo está en proporción al número de horas que se le dediquen. Para una persona bien alimentada y de buena salud, las primeras horas de esfuerzo no son una fuente de fatiga. Algunos escritores han sostenido que durante estas primeras horas — salvo tal vez un breve período inicial de rigidez — hay una sensación de placer más bien que de pena. Este puede ser el caso en la actividad intelectual, y en algunas ocupaciones manuales.

Pero un pequeño conocimiento directo de placer viene en cualquier estado del trabajo periódico de la gran mayoría de los hombres. La diferencia entre la primera parte del día y la última no es tanta que la primera sea placentera y la última cansadora, como que la fatiga no comienza hasta que hayan pasado algunas horas, y recién entonces comienza a crecer en severidad a medida que pasan las últimas. Cuando realmente las horas de trabajo son indebidamente prolon-

gadas, el cansancio llega a hacerse tan grande y tan arraigado que el período de descanso y de sueño no es suficiente para demolerlo. El día siguiente se comienza con fatiga y esta se aumenta cada día. Tal fué en sus primeros tiempos, el efecto del sistema fabril en Inglaterra, tal es todavía la situación en países atrasados como Rusia. Bajo estas calamitosas condiciones el trabajo de un día era de once, doce y aún catorce horas. En los Estados Unidos de N. A. en nuestros propios días, algunas de las industrias del acero que trabajan día y noche, tienen dos turnos de doce horas cada uno. En tales industrias la sustitución de tres turnos y la reducción de 12 a 8 horas en cada uno de ellos, traerá inmensos progresos hacia una vida de tolerable felicidad.

El movimiento para acortar las horas de trabajo ha sido uno de los aspectos más benéficos del mejoramiento de las condiciones materiales en los países civilizados durante las dos o tres últimas generaciones. El día de trabajo fué reducido primero a once y diez horas, parte por la presión de los trabajadores organizados y parte por las leyes que legislaban sobre el trabajo de las mujeres y los niños, restringiendo las horas de labor en las fábricas. Todavía estamos en el proceso de reducción. Ahora el ideal de las *trade unions* es, reducir a ocho las horas; límite que ha sido alcanzado ya por las industrias más prósperas y mejor remuneradas, y es probable que sea alcanzado por una mayor cantidad de obreros manuales. Tendremos ocasión de considerar mas adelante el significado del acortamiento del período de trabajo, la naturaleza y las causas de las ventajas así obtenidas y algunas falacias que han sido atribuídas al movimiento por el acortamiento de la jornada de trabajo. Pero en si mismo este movimiento tendrá la simpatía de todo amigo de la humanidad.

Pero no obstante la disminución de la tarifa, por medio de la moderación en las horas y en las labores, del tiempo libre para recreaciones, del respeto juicioso por todas las clases de tareas, la mayor parte del trabajo del mundo será considerado penoso. Una minoría afortunada puede trabajar en tareas que en si mismas son agradables y que no son principalmente cumplidas por el producido que ellas dan. Pero la mayoría de los trabajos son tomados ahora por la retribución, sin ella no serían hechos, y son encauzados bien y

enérgicamente en vista a la recompensa. Es indudablemente cierto que la masa de la humanidad, aunque cansador y repelente su trabajo, es aún más feliz que si estuviera bajo una completa holgazanería o con solamente aquella clase de esfuerzo caprichoso que atrae al salvaje. Pero el trabajo es comunmente tenido como una pena, y el pago que el asegura, es el motivo dominante para tomarlo. Los problemas fundamentales que se presentan en la ciencia económica, se refieren a la relación entre un esfuerzo desagradable y la remuneración que merece tal esfuerzo.